

Violencia inherente a la socialización

*Nery E. Cuevas Ocampo**

En este artículo se presenta una reflexión a manera de ensayo sobre la violencia que se ha naturalizado de tal forma que aparentemente no hay una toma de conciencia posible. Sin embargo, surge la cuestión ¿es inherente al proceso socializador que vivimos? Pareciera que hemos pasado desde la imposición de la ley, de la delimitación de fronteras en nuestro actuar hacia la anulación del sujeto de deseo.

Como humanidad hemos logrado la liberación en muchos aspectos. Existe la ilusión de tomar la vida en las propias manos, a la vez que, paradójicamente se nos demanda ser socialmente adaptados, ser *normales*, se penaliza la diferencia, se crean los no lugares, las modas, hay una clonación social que produce un vacío. Los vínculos van incorporando la violencia como forma de ser, ésta actúa silenciosamente, bajo la forma de violencia pasiva, que pretende el acallamiento de lo individual, de lo singular.

Palabras claves: violencia, socialización, infancia, dominación, naturalización

This article is about violence as part of our life, we even notice it, much less realize its consequences. I think violence is present in the socialization process, but is it inherent to it? defining the behavior frontiers for social interaction now implies the disappearance of the subject of desire. As human beings we achieved freedom in many forms, we even think that we control our life, but as a paradox every one of us must be socialized and being different or singular is unthinkable. Our bounds are violent too, in a silent way as passive violence they comply with social control, opposite to singularity.

Keywords: violence, socialization, childhood, domination, naturalization

* nerycuevas@yahoo.com.mx

Introducción

Entre los temas más recurrentes en las ciencias sociales encontramos la violencia, la dominación, el poder y la lucha. Esta insistencia habla de una problemática que es constitutiva de lo social; la conflictividad aparece como inherente al entramado social.

Pierre Bourdieu nos invita a pensar en la violencia como simbólica, como un espacio en el que necesariamente los actores sociales se encuentran en una relación de percepción y reconocimiento. Esta dimensión simbólica de lo social es un componente esencial de la realidad en la que los sujetos viven y actúan. Desde el momento del nacimiento, los niños se enfrentan a la violencia inaugural accediendo a un *habitus* dado, con disposiciones, entramados que se traducen en actos, que sitúan a los sujetos, bajo la dominación social, que al ser parte de lo cotidiano se naturaliza y parece inofensiva.

En esta reflexión se pretende abordar el tema de la violencia inherente al proceso socializador, ¿podemos decir que es ineludible realizar acciones que promuevan en los niños su incorporación activa a la sociedad?

Sobre la violencia simbólica

El concepto de violencia simbólica implica pensar necesariamente el fenómeno de la dominación en las relaciones sociales, especialmente su eficacia, su modo de funcionamiento, el fundamento que lo hace posible, aquí podemos pensar en los diversos órdenes de relaciones sociales y el atravesamiento del poder.

Este poder que se ejerce sobre el otro, es descrito por Bourdieu de la siguiente manera:

“El análisis de la relación dóxica del mundo, que resulta del acuerdo inmediato de las estructuras objetivas con las estructuras cognoscitivas es el verdadero fundamento de una teoría realista de la dominación y de la política. De todas las formas de persuasión clandestina la más implacable es la ejercida simplemente por el orden de las cosas” (Bourdieu: 1995:120).

Encontramos, así, formas y fenómenos de violencia y dominación simbólica en los más diversos acontecimientos sociales y culturales: en la esfera del lenguaje, en el ámbito educativo, en las múltiples clasificaciones sociales, etc. Es ese orden de las cosas que se da por hecho y ha sido asumido por el entorno social, que opera esta forma de persuasión clandestina; llegamos a creer que esa es la realidad, ese entramado simbólico es tan fuerte que no permite pensar más allá.

Los primeros representantes de esta violencia son los padres y hermanos de esa familia de origen, en palabras de Bourdieu:

“La violencia simbólica es esa coerción que se instituye por mediación de una adhesión que el dominado no puede evitar otorgar al dominante (y, por lo tanto, a la dominación) cuando sólo dispone para pensarlo y pensarse o, mejor aún, para pensar su relación con él,

de instrumentos de conocimiento que comparte con él y que, al no ser más que la forma incorporada de la estructura de la relación de dominación hacen que ésta se presente como natural...” (Bourdieu:1999:224)

Para que esta violencia simbólica funcione en la medida que cuenta con la anuencia de los agentes sociales. Se sostiene en el habitus, que como sistema de disposiciones adquiridas por los agentes sociales son estructuradas y estructurantes mediante el sentido práctico. Este habitus es un sistema de disposiciones porque en tanto esquema de pensamiento, visión, apreciación, acción que los agentes incorporan a lo largo de su vida, genera en ellos prácticas ajustadas a esos esquemas, que por eso se convierten en disposiciones. Esta estructura previamente construida es el soporte de la fuerza simbólica como forma de poder, que se ejerce directamente sobre los cuerpos y de un modo que parece mágico, actúa al margen de cualquier coerción física.

Como sujetos sociales nos lleva a realizar “transacciones imperceptibles, compromisos semiinconscientes, operaciones psicológicas (proyección, identificación, transferencia, sublimación, etc.) estimuladas, canalizadas, sostenidas e incluso organizadas socialmente” (Bourdieu:1999:225), todo esto en razón de ajustarnos a las relaciones de fuerza que están presentes como reglas, que marcan el camino del reconocimiento, de la aceptación. Lo simbólico entonces, es inmanente al espacio social; la vida siempre es referida, existe en y entre los cuerpos y las cosas en un universo simbólico que es en sí mismo tan real como los objetos en sí, esto permite los actos de dominación que llevan a la obediencia que en un acto de conocimiento (de una estructura, de una costumbre) y de reconocimiento (de la legitimidad de esas disposiciones dadas). Nos ajustamos a un habitus y al buscar la incorporación social legitimamos, reconocemos como válidas las referencias que ofrece, ese es el riesgo de la clausura del pensamiento e interrogación.

Las tonalidades y ámbitos de la violencia

Hanna Arendt nos alertaba acerca de la banalidad del mal, que a diferencia del bien tiene muchas tonalidades y es tal la gama que con frecuencia el mal se naturaliza, se vuelve parte de lo cotidiano y dejamos de percibir su acción. El mal que existe en la violencia se presenta con muchos rostros y se mantiene al incorporarse en nuestra forma de vida.

Para Hannah Arendt, Eichmann fue una figura central, al presenciar cuando este personaje fue llevado a juicio por su participación en el genocidio judío, al ser confrontado acerca de sus motivos él se manifestó convencido de que había actuado bien, había cumplido con lo que se esperaba de él, sorprendentemente no expresaba culpabilidad. Este juicio lleva a la autora a preguntarse ¿cómo pudo ocurrir algo así? Al reflexionar sobre ello llega a plantear lo que llamó la banalidad del mal.

Para Arendt, llegamos a justificar el mal y posiblemente por los mejores motivos, ya que hay un deslizamiento de la significación del acto de agresión hacia algo necesario, por el bien de la nación o de la misma víctima. Los oficiales nazis sentían satisfacción por un deber cumplido, el cambio de significaciones crea una congruencia entre el acto de matar y la relajación de la frontera moral.

Situaciones como el holocausto pudieran parecer lejanas, pero nos lleva a preguntarnos cuántas veces operamos en el claroscuro del mal, usamos la violencia, especialmente con los niños y consideramos que nuestras acciones de daño están justificadas. La argumentación usual es señalar que obramos por su bien, que es necesario educar, que si no se les limita serán pequeños salvajes.

Sin embargo, realmente es un deslizamiento de una buena intención hacia agresión y represión. Pero no solamente se norma la infancia, por su bienestar, sino porque nos genera inseguridad, convoca nuestra propia infancia y de inmediato deseamos controlar a los niños. Nos rebasa su expresión directa y honesta, sus demandas afectivas, su actividad incesante y podríamos preguntarnos si son niños insoportables o insoportados.

Son las inseguridades del adulto las que van creando más circunscripciones a la expresión infantil, se teme que no sean adultos adecuados, que sean diferentes a los demás, que no logren triunfar, lo que lleva a los padres a hacer equilibrios entre varias tensiones, sus propias pautas de crianza, los discursos psicológicos, las demandas de las instituciones, sus expectativas y su propia dificultad de vivir.

La parentalidad, entonces, se ha vuelto un espacio más angustiante que placentero, en el cual el niño se presenta como un continuo catalizador de tensiones. La educación se visibiliza, entonces como violencia, que actúa en varios niveles, desde la violencia pasiva, simbólica hasta la violencia física en las familias, con expresiones como los golpes pero también como violencia sexual. Si bien históricamente en la educación se ha legitimado la violencia, los niveles de violencia actuales superan claramente a los de generaciones anteriores.

Una sociedad a la deriva

Ante la situación actual de vacío de significaciones, de dificultad de orientarse en la posmodernidad y tener algún orden de certeza, la tendencia es hacia las formas instituidas, lo tradicional, que ofrece un referente y nos da cierto confort. Sin embargo, vivimos como sujetos múltiples sujeciones, vivimos bajo las condiciones sociales de hoy con las demandas de generaciones anteriores, entramos en un estado de tensión, se nos presentan contextos que promueven el individualismo, la satisfacción inmediata, los vínculos superficiales de objeto parcial al tiempo que se nos demanda comportarnos con preocupación por el otro, compromiso, capacidad de espera y establecer vínculos profundos.

Cotidianamente realizamos tareas de resistencia y las vías para seguir adelante son comportamientos consumistas que traigan a nuestras vidas alguna novedad, un quiebre en la rutina, sentir que algo está ocurriendo nos lleva a obtener objetos compulsivamente para sentirnos satisfechos... por un breve momento. En esta búsqueda, el propio cuerpo se vuelve la única constante, es en esta continuidad signada por el cambio, que el cuerpo es lo único que permanece. Es entonces el receptor de las aspiraciones y deseos, pero también es el lugar donde se inscriben los conflictos que vivimos: queremos ser amados pero no sabemos amar.

Anhelamos vínculos profundos donde cada uno sea amado tan sólo por ser, por existir y que haya

tolerancia a los defectos. Ser así, amados, pero a la manera de un infante sin la responsabilidad de la reciprocidad, en una mutualidad indiferenciada. Buscamos el reconocimiento, ser vistos como únicos y especiales a la vez que nos incorporamos a procesos masivos como la moda, lo bien visto, lo correcto. Pretendemos ser libres, pero sin asumir la carga de decidir.

Nos refugiamos en las adicciones a televisores, alimentos, consumo y mucho más, intentando tener algo que no existe, que no está más que en nuestro interior, como un ideal, porque el entorno no nos satisface más que momentáneamente y por otra parte tampoco tenemos manera de comprender los cambios continuos, ya que las significaciones imaginarias sociales se han quedado atrás, no dan cuenta de lo que ocurre, lo cual nos lleva a un vacío de significación y sentido que nos orienten hacia el pensar y pensarnos.

Las familias no están ajenas a esta situación y sufren esta esquizofrenia; viven la presión social de formar una familia de acuerdo al modelo nuclear, pero no cuentan con las condiciones de soporte institucional para que esto sea posible. Los psicólogos hemos dejado de verlas en su diversidad y, con frecuencia, realizamos tareas de preservación del modelo cuando de hecho, en las familias los órdenes vinculares han cambiado y sus miembros desarrollan estrategias que apuntan más a la supervivencia que a la felicidad. Nosotros venimos a reforzar la violencia pasiva de complicidades ya que no nos atrevemos a pensar diferente y a preguntarnos ¿por qué no?

Por otra parte, a nivel de políticas públicas, tampoco se reconoce que los roles han cambiado y se insiste en las figuras anteriores de familia. Es así que se proponen modelos insostenibles en la práctica, lo que se traduce en violencia sobre las familias, ignorando los cambios en el compromiso de filiación, que antes involucraba el linaje y la tradición, nos encontramos con que hoy en día la continuidad familiar no se relaciona con una genealogía, sino que ha encontrado su expresión en la deuda y el crédito. La relación entre los miembros de las familias se basa en quién paga a quién, a quién se le debe algo en un juego de culpas y expectativas no cumplidas.

Es en estos intersticios que el Estado moderno ha conquistado poco a poco espacios relacionales que eran intocables; al legislar sobre las filiaciones e impulsar su concreción en prácticas sociales; detentando el monopolio de la violencia simbólica instituye e inculca formas simbólicas de pensamiento común; mediante la imposición de un marco de significación establece así *lo válido*. Se da a la tarea de definir y construir reglamentos y leyes, formas oficiales de memoria colectiva, así como la administración del tiempo, mediante calendarios de acciones.

Las políticas públicas y las instituciones con sus expertos, paulatinamente han invadido la esfera familiar que anteriormente era privada y gestionan desde los márgenes las funciones materna y paterna fundantes del sujeto. Los padres, que tienen una posición clave, usualmente no tienen una percepción clara de las políticas de la educación, lo que se traduce en servidumbre a los intereses de la clase dominante y por ello los padres y los niños entran en una relación antagónica. Entre la sumisión al sistema y la interrogación infantil.

Institución familiar

Cuando se inicia el proceso gestacional no sólo se anuncia un hijo para los adultos, también inaugura formas relacionales de la pareja; se generan expectativas con respecto al hijo, que inician al intervenir sobre el comportamiento de la futura madre; lo que era el ámbito de una mujer, que como individuo tomaba decisiones de sus acciones ahora es invadido, su cuerpo se vuelve propiedad pública, empieza a ser mirado e intervenido por el otro. Se norma el comportamiento de la embarazada en cuanto a lo nutricional, laboral, vestimenta, actividades y la vida de esa mujer comienza a ser transformada y de alguna forma hay una enajenación de sí misma al servicio del futuro bebé.

Este bebé empieza a presentificarse como un proyecto y a medida que se evidencia el embarazo, la pareja va cambiando, el otro es visto como futuro padre o madre y se reinstala el triángulo edípico. Con las expectativas y pre representaciones surge también la norma y la fuerza con que será aplicada.

Con el nacimiento del niño, se devuelve a la madre su cuerpo y la mirada se dirige hacia él. Al transformarse las prerespresentaciones en representaciones se hace una lectura de ese cuerpo y se inicia el proceso de sujeción desde lo corporal hasta lo emocional. Este objeto-niño entra en el sendero del control del adulto, que se constituye en padre a partir de un proceso. Sabemos que un hijo no se convierte en padre de un niño, sino se constituye, en primer lugar, en hijo de su padre y es aceptado como tal. Por otra parte, es necesario que la madre sea capaz de desprenderse de su propia madre y de ser hija, para que el niño nazca como sujeto de la línea genealógica.

En una cultura violenta, el hijo no se vive como un objeto libidinizado en el cual el padre y la madre se reflejan. El espejo está fallado, fragmentado. Este adulto que ejercerá el control no hará uso de un poder constructivo para fijar límites a la actuación del hijo y contener su angustia. El poder ejercido expresa la agresión no neutralizada de esos padres.

En principio el hijo tiene un valor simbólico para sus padres, las significaciones que involucre le permitirán constituir la parentalidad y la filiación, que aparece en el primer nivel de las apariencias sociales y después como verdad subjetiva. Si el niño no es reconocido como sujeto se convierte en un objeto primordial, que está más cerca de la nada en significación social y más cercano a la explotación. Estos niños viven a partir de nosotros la llamada violencia inaugural, al nacer en un habitus que forma un sistema de disposiciones de esquemas de pensamiento, visión, apreciación y acción que irán incorporando a lo largo de sus vidas, esto genera prácticas ajustadas a estos esquemas.

Lo riesgoso es que no se trata de sistemas de coerción, sino que se crece en un entramado simbólico que nos sitúa y demanda, nos hace pensar y actuar bajo ciertos parámetros, sin que haya conciencia o cálculo. Los niños entonces, poseen una subjetividad socializada, una personalidad sobre la cual se puede historizar y en la que encontramos incorporada en parte la estructura objetiva del mundo social.

Un niño está permanentemente bajo la mirada de los adultos, sólo el prisionero está tan vigilado y es para castigarlo. En cambio a los niños es para protegerlos, los adultos entramos en su habitación, checamos sus cosas, vigilamos sus amistades. Los presos por lo menos disponen de su pensamiento. Los niños no, les decimos continuamente: ¿en qué estás pensando? Sé muy bien lo que te pasa por la cabeza.

Nuestras intervenciones son, con frecuencia, arbitrarias, dependen de nuestro carácter y humor, ya que los niños no tienen derechos definidos en la casa. Los niños sufren de una expropiación del ambiente, expropiación del cuerpo, expropiación del pensar y lo más esencial expropiación del deseo, en una violencia simbólica clara.

Los niños aprenden a darnos las respuestas que son gratificantes para nosotros y ellos creen que así son, que están actuando por sí mismos, sin embargo poco a poco acabará siendo el niño conceptualizado por el adulto. Pero ¿por qué los niños se incorporan y juegan el juego con los otros sin oponerse? Bourdieu nos señala que el niño busca el reconocimiento, la validación del adulto, aún cuando eso implique abandonar su organización narcisista de la libido. Se volverá paulatinamente en un “ser definido en su verdad por la percepción de los demás” (Bourdieu: 1999;220).

Institución escolar

La clase media es la que recibe más presiones y ejerce cotidianamente violencia en diferentes ámbitos. Es el sector social que busca posicionarse y actúa la violencia pasiva permitiendo el maltrato en la escuela, en casa, con los vecinos. Los padres no se oponen y así no realizan su tarea de protección y filtraje social, el niño está expuesto a la presión directa y los padres entran en un circuito de complicidades con las instituciones escolares.

Estas instituciones que han quedado rezagadas, que no se adecúan a lo actual como son las escuelas, que generan conocimientos escindidos de la realidad que carecen de sentido para los alumnos. Si se pregunta a los alumnos de secundaria sobre procesos físicos te contestan: “¿quieres que te diga lo que pienso o lo que dice el maestro?”. Hay una relación docente que disfraza la agresión, no le interesa a los adultos enseñantes la escucha de los alumnos, su didáctica se estructura como una verdad absoluta y se establecen nociones acerca de los objetos rígidas y no se acepta que puede ser de otra forma, o relacionarse con otras, tener variaciones, excepciones, el pensamiento que se demanda es de reproducción no de creación. Se nulifica al sujeto y se le posiciona como recipiente no generador.

Los alumnos que preguntan o disienten son leídos como rebeldes, se les rotula como inadaptados o que padecen trastorno opositor del desarrollo. Los que repiten lo expresado por el maestro son recompensados. Aunque sabemos que ese alumno de diez probablemente no sea capaz de resolver situaciones que se escapen de lo conocido. Con frecuencia los alumnos que tienen notas medias con el mensaje institucional de mediocridad son más capaces de interrogarse y proponer porque aún conservan una distancia con el discurso oficial.

Un futuro comprometido

Si se piensa en los costos a futuro, probablemente encontremos más sujetos alienados del otro, buscadores de la inmediatez incapaces de crear vínculos duraderos y profundos. Aumenta la acción sin reflexión y se promueven, especialmente, las imposturas; la interrogación es vista con desconfianza y sancionada; la creación se deja para los dibujos.

¿Qué podemos esperar a futuro? Probablemente para sobrevivir a la sobrecarga de estrés y la sobreerotización se vuelva a un individualismo marcado por la demanda de satisfacción inmediata, el desinterés por las necesidades e intereses del otro, creación de vínculos de objeto parcial que no son duraderos, responden a un criterio de utilidad y no hay una vinculación profunda; otro aspecto es que a su vez aplicarán el poder violento a sus hijos y parejas; los social estará significado como un espacio emocionalmente costoso y se crearán máscaras que sustituirán una auténtica identidad.

Cada vez hay mayor número de niños con intentos de suicidio, depresión, ansiedad, inquietud, dificultad de socialización, desregulaciones espaciotemporales, etc. Al mismo tiempo hay cada vez más simuladores, oportunistas, abusivos, insensibles, egoístas y agresores protagonistas del *bullying*. Se fomenta la violencia pasiva en un sistema de complicidades y silencios. De manera paralela hay una falta de conciencia en los adultos, no se percatan de toda la violencia que aplican a los niños, y como ellos, la reproducen. Extrañamente hemos logrado una victoria pírrica, parecen niños socializados, pero hemos construido un golem.

Creemos que hemos logrado una educación exitosa si logramos tener a un sujeto normado; sin embargo, los costos que ha tenido para adaptarse actualmente son mayores, nos llevan a un estado de sin sentido, de vacío. Porque nuestra identidad ha sido enmascarada y de tanto actuar nos vaciamos de contenidos. Lo que es lamentable es que llegamos a amar la norma y creer que es creación nuestra, construyen nuestro deseo y pensamos que viene de nosotros. Hay un extrañamiento de lo que somos y buscamos algo, que el entorno social nos dice que queremos.

El bienestar infantil

En principio es la búsqueda del bienestar infantil, la motivación central para vigilar y castigar se sostiene en un principio educativo elevado, el ideal del logro de un adulto pleno, habría que aclarar que una infancia feliz no garantiza un adulto feliz, ni siquiera un buen psicodesarrollo garantiza un adulto sano mentalmente, por otra parte creo que no existe un adulto pleno, somos seres de desfases, cronológicamente somos adultos, sin embargo habrá aspectos de nuestro desarrollo que tengan un avance diferente.

De manera más esencial, es necesario puntualizar que los adultos educamos a partir de la infancia que hemos creado, no necesariamente estamos pensando en los niños reales.

A partir de los propios niños podemos decir que para que haya bienestar tendría que haber un

adulto que tenga posibilidades de ser, en sentido esencial, de expresarse, de crear, de amar y el derecho a ser individual, autónomo en su hacer.

Si partimos de que un recién nacido llega cargado de preguntas transmitida- transmisión que es parte de la herencia cultural, ¿cuáles son las respuestas que debería recibir? ¿En qué entorno sería deseable crecer?

Como antecedente, para ese hijo es necesario el establecimiento de relaciones simbólicas entre las generaciones, que permita establecer que el sujeto no se autofunda, hay una falta. La parentalidad necesariamente es una función vinculada, surge a partir de la línea del linaje, asigna un lugar en un grupo, en una cadena. La base identitaria que ofrece lo genealógico en nuestras vidas, nos coadyuva a situar y ponderar las expectativas que nos depositan.

Creo que es fundamental la continuidad espaciotemporal, en cuanto a personas a cargo de ese recién nacido y los espacios a dominar. Por supuesto, es aún más relevante ser *el hijo* de esos padres, ser amado por existir, contar con un entorno estimulante afectiva y cognoscitivamente.

Las pre representaciones parentales y expectativas depositadas en el niño, deberían transitar hacia la normatividad que contenga y marque frontera. Con elecciones y responsabilidades, que los padres sean tan amantes y falibles que puedan verlos como seres activos, capaces y valiosos.

Sería deseable que las instituciones sociales ofrecieran al niño espacios satisfactorios y congruentes con sus procesos, que lográramos detener la aceleración de vida para ofrecer tiempos de simbolización y tiempos para ser.

Los niños no necesitan padres perfectos, ni psicólogos en casa o especialistas en magia, lo que necesitan es que los adultos hagamos una función de contención y filtro social, hacernos cargo de su inmadurez sin confundirla con incapacidad. Nos toca en la medida de lo posible reconocerlo como sujeto e instituir como sociedad la subjetividad.

Conclusión

Si bien a los adultos nos toca generar vida, debemos recordar que al instituir la vida instituímos el deseo. Esto nos demanda la vuelta de la mirada hacia el sujeto en su singularidad deseante, que demanda el establecimiento de los límites de estas relaciones humanas para neutralizar la locura.

Creo que debe haber normas, límites, no podría decir que la ausencia de norma traería la felicidad, al contrario los individuos necesitamos referentes para operar. Sin embargo tenemos que tener una posición de interrogación continua ¿cuáles normas son deseables y cuáles responden a nuestro deseo de poder sobre el otro? ¿Somos opresores de los niños?

Recordemos que siempre es igual: sólo el oprimido siente su opresión. Nosotros pudiéramos ser opresores y no darnos cuenta, podríamos estar muy contentos en esta situación, no sufrir en absoluto,

parece que todo eso está muy bien, estamos educando... El niño, si es el oprimido, no tiene nada que decir en primer lugar porque no tiene la *palabra*, su propia palabra.

Como especialistas enfrentamos la necesidad de repensar las normas y las formas de aplicarla, la importancia de abordar sus significaciones como ordenadoras de las relaciones sociales, que es un aspecto que hemos silenciado al elevar la norma alienada de sus significaciones y ámbitos de aplicación, es aquí cuando avanzamos hacia la violencia en cualquiera de sus expresiones para lograr que el otro realice ciertas acciones, en un posicionamiento de sustracción de la voluntad y capacidad del otro. Por supuesto esto es más común asociado a los grupos de menor poder, los marginados: mujeres, niños, pobres, ignorantes que encabezan una larga lista de estigmatización social que por mucho tiempo ha validado la imposición de un poder violento y que violenta la subjetividad. No es posible apropiarse de una norma, construir un sistema moral, si no tiene sentido para el sujeto. Si él no puede ser reconocido como ser pensante, que puede ser legitimado está expuesto a la violencia extrema el volver *objetos*, de la norma violenta, a los sujetos.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1999), *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona.
- Bourdieu, P. (1995), *Respuesta. Por una antropología reflexiva*. Grijalbo, Madrid.
- Castoriadis, C. (1990), *Un mundo fragmentado*, Altamira, Argentina.
- Dolto, F. (1985), *La causa de los niños*, Paidós, México.
- Gracia, E., (2002), *Las víctimas invisibles de la violencia familiar: El extraño iceberg de la violencia doméstica*. Paidós, Barcelona.
- Legendre, P. (1996), *El inestimable objeto de la transmisión*, Siglo XXI, México.
- Levin, E. (1995), *Infancia en escena*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Lipovetsky, G. (2006), *Le Bonheur paradoxal*, Gallimard, París.
- Lyotard, J. (1979), *La condición posmoderna*, Planeta, Madrid.
- Rochefort, C. (1976), *Los niños primero*. Anagrama, Barcelona.